

# POR QUE EL EJERCITO NO DERROTO a CASTRO

por el coronel PEDRO A. BARRERA PEREZ, MMNP

Según se lo narró a

**Rodolfo Rodríguez Zaldívar**

Fotos de BARCALA y ARCHIVO

(Artículo Octavo)

Plan terrorista rebelde. — Ataque a Bueycito. — Huelga de agosto de 1957. — Altercados verbales con el general Tabernilla. — Cuestión de "suerte" los éxitos militares. — Premios y ascensos por crímenes y asaltos. — La muerte del coronel Pablo Miranda. — Conspiración de Cienfuegos. — Intriga del plus de campaña. — Hacia Caracas. — Cantillo jefe de Operaciones. — Río Chaviano vendido a los rebeldes.

Eran los días finales del mes de julio de 1957 y en la región oriental se vivían momentos de indescriptible desasosiego, con motivo de que el plan que tenía proyectado los insurgentes estaba siendo puesto en práctica. Efectivamente, a medida que pasaban los días, se cumplía como algo perfecto y concienzudamente organizado, lo estipulado en un documento que ocupamos a uno de los tantos detenidos durante las operaciones.

Los apagones eran cosa frecuente, utilizando el sistema de dinamitar los postes, quemarlos o tirarles una cadena sobre los cables que al cerrar el circuito producían la interrupción en el fluido eléctrico.

Varios colegios habían sido quemados y era prácticamente un riesgo transitar por las carreteras, tanto en ómnibus como en camiones o automóviles, pues indiscriminadamente eran troteados desde lugares prominentes.

Siguiendo el plan trazado, los rebeldes habían tratado de quemar distintos puentes de madera en la zona de Bayamo y Palma Soriano, lo que coincidía con el ataque a la guarnición de la Guardia Rural de Bueycito, compuesta por un sargento, un cabo y alrededor de diez soldados, con el resultado de perder la vida tres soldados, siendo hechos prisioneros el sargento y el resto de la guarnición, a los que se llevaron como rehenes después de quemar el cuartel y apoderarse del armamento allí existente.

El ataque a Bueycito fue hecho por unos ochenta insurgentes, a los que se les sumaron alrededor de cincuenta hombres del propio lugar, que ya estaban comprometidos con ellos y que entusiasmados por el éxito obtenido en esa ocasión tomaron el camino de la Sierra.

Al enterarme del ataque a Bueycito designé al comandante Joaquín Casillas para que con una compañía partiera en persecución de los atacantes.

En las horas iniciales del día primero de agosto fuimos informados por los distintos jefes de guarniciones destacadas en las poblaciones de la zona comprendida por los municipios de Santiago de Cuba, Palma Soriano, Bayamo y Manzanillo, que los co-



El plan terrorista puesto en práctica por los rebeldes, se cumplía en toda la vasta región oriental, con la cooperación de elementos de la clandestinidad que dinamitaban comercios e industrias.

mercios e industrias habían amanecido con sus puertas cerradas y paralizadas todas las actividades y que, además, las calles estaban desiertas, con la excepción de mujeres y niños, pues los hombres habían desaparecido. Esto confirmaba lo establecido en el mencionado plan, en el que se fijaba una huelga general como preludio al acto final de la victoria rebelde, según ellos proyectaban.

El caso era de tal gravedad que hubo que dictar medidas excepcionales, para restablecer el funcionamiento de esas actividades. No obstante, la situación no era desesperada porque la Confederación de Trabajadores de Cuba había ordenado a los obreros sindicalizados que no apoyaran nin-

guna consigna rebelde en lo referente a interrumpir o paralizar los centros de trabajo.

De acuerdo con una de las medidas excepcionales que el estado de cosas imponía, se abrieron las puertas de todos los comercios, teniendo en muchos casos que derribarlas a la fuerza, ya que no estaban en el local los dueños o empleados de los mismos. Momentos después aparecían los propietarios de esos establecimientos, que ante el temor de que los elementos maleantes que siempre están al acecho de oportunidades, desvalijaran sus mercancías.

Los garages con venta de gasolina fueron ocupados por los soldados, para evitar que la falta de combustible paralizara el trans-





Durante la transmisión del mando, el nuevo jefe militar arengó a la tropa ofreciendo ascensos y premios en efectivo a los que capturaran o mataran insurgentes. Una ola de crímenes azotó la población civil, ajena a la contienda.

porte; se destacaron patrullas de todas las ciudades y pueblos a fin de que los comerciantes e industriales no fueran atemorizados por los insurgentes, que no tenían escrúpulos en usar cualquier medida, por radical que fuese, desde el apedreamiento, la quema del local con cocteles molotoff o el ataque con armas de fuego a propietarios y empleados.

A pesar de los medios de terror empleados por los insurgentes, el movimiento huelguístico había fracasado y el día 4 de ese mes de agosto teníamos normalizado el funcionamiento de toda actividad industrial o comercial en la vasta región.

La persecución iniciada por el comandante Casillas a los atacantes del cuartel de Bueycito continuaba con intensidad. Habíamos trasladado las compañías al mando de los capitanes Angel Sánchez Mosquera, Merob Sosa García y Julio Castro Rojas hacia la región del Pico Turquino, donde teníamos confidencias que se encontraban actuando tres grupos rebeldes, uno de los cuales era el que atacó a Bueycito y Estrada Palma.

Habíamos pedido al Estado Mayor la cooperación de un escuadrón de bombardeo aéreo, que se encontraba destacado en Camagüey, con el objeto de bombardear las posiciones ocupadas por los rebeldes y mantener una constante vigilancia desde el aire sobre los movimientos de los insurgentes.

Me encontraba de regreso de la primera incursión aérea en el avión pilotado por el teniente coronel Felipe Catusús y cuando aterrizamos en el aeropuerto de Bayamo coincidimos con el aterrizaje de un avión que regresaba de La Habana trayendo oficiales y alistados que habían sido dados de alta en el Hospital Militar, al que acudieron a curarse de enfermedades y heridas contraídas en las operaciones.

Al descender del avión me dirigí al grupo de oficiales y alistados, para saludarlos y dárles instrucciones sobre su presentación al puesto de mando.

Tanto los oficiales como los alistados y hasta el propio piloto del avión me hicieron saber que en La Habana había una intensa campaña contra mi reputación, dirigida di-

rectamente por el general Tabernilla, el coronel Río Chaviano y el teniente coronel Florentino Rosell Leyva.

Entre estos oficiales estaba el comandante José (Cheo) Fernández, uno de los inte-



Después de fuertes altercados con el jefe del Ejército, general Tabernilla, fui designado Agregado Militar a la Embajada de Cuba en Venezuela, a cuyo país llegué el 26 de septiembre de 1957. Jamás se me otorgó permiso para regresar a Cuba a fin de ver a mis familiares.

grantes del Estado Mayor de Operaciones, quien me pidió autorización para hablar conmigo confidencialmente. Accedí a su petición y entonces me confió que al hablar con el general Cantillo, para llegar hasta el general Tabernilla por conducto reglamentario y explicarle la marcha de las operacio-

nes, Cantillo le aconsejó que no mencionara mi nombre al jefe del Ejército porque "Barrera está en desgracia". Siguió diciéndome que con todo eso insistió en ver al general Tabernilla y cuando estuvo en su presencia comenzó a explicarle los planes llevados a cabo por las tropas de operaciones y que cada vez que me nombraba el general Tabernilla hacía un gesto de disgusto y cambiaba el tema de la conversación, terminando por decirle que esperaba hacer un cambio en el mando de Operaciones y que era posible que yo fuera sustituido por uno de los coroneles Fermín Cowley Gallegos, Manuel Ugalde Carrillo o Alberto Río Chaviano.

En aquel mismo avión procedente de La Habana llegaron varias esposas de oficiales destacados en Operaciones y una de ellas me traía un recado del teniente coronel Pablo Miranda, segundo en mando en el Regimiento de San Antonio de los Baños, del que era jefe el coronel Río Chaviano.

Me dijo dicha señora que Miranda — compañero de curso y amigo mío en el orden personal — me mandaba a decir que me cuidara, porque el coronel Río Chaviano daba conferencias diarias contra mí en su Regimiento a los oficiales y soldados, muchos de los cuales eran destacados en Operaciones en sustitución de los que se enfermaban o regresaban a La Habana por cualquier otro motivo. Temía Miranda, según me informó aquella señora, que yo fuera víctima de un atentado personal por parte de los elementos adictos a Río Chaviano y que después trataran de justificar mi muerte achacándola a los rebeldes.

Tan pronto escuché aquellas noticias sorprendentes, decidí ir a La Habana, pues me resultaba inconcebible que mientras actuaba, con los oficiales y alistados a mi mando, exponiendo la vida, alejados todos de sus seres

más queridos, con la preocupación de mantener el orden y combatir aquellos focos rebeldes que ponían en peligro la estabilidad de la República y amenazaban derrocar el gobierno al que pertenecían y del que se beneficiaban los propios privilegiados que en sus despachos refrigerados y gozando de to-





La situación se hizo tan grave que el presidente Batista se vió forzado a nombrar al general Eulogio Cantillo como jefe de Operaciones, quien a pesar de tener a su mando 17 batallones fracasó por los obstáculos puestos por el Estado Mayor.

das las ventajas del Poder se enriquecían escandalosamente.

No me atemorizaba el hecho de que planearan un atentado contra mi persona. El militar jamás debe pensar en su seguridad personal ni en los riesgos que corre, sino en el cumplimiento de sus deberes y en el acatamiento al juramento hecho a la patria.

Pero sí me indignaba que mientras los hombres a mi mando y yo subíamos montañas y nos enfrentábamos a un enemigo que usaba todas sus artimañas para apoderarse de la gobernación del país, aquellos que estaban llamados a los máximos sacrificios por ser los usufructuarios de todas las ventajas de aquella situación, sólo se preocupaban en situar a sus amanuenses en las posiciones en que mejor pudieran continuar explotando los contrabandos, el juego y la extorsión de industrias y comercios, para amasar millones. Sobre todo, porque ni siquiera en una ocasión, durante todo el largo tiempo de Operaciones, estuvieron en aquellas zonas a estimular a los soldados y a comprender sobre el terreno las necesidades de los mismos, con excepción de la visita que en una oportunidad me hiciera el general Tabernilla, en el mando de "El Macho", tratando de utilizarme como instrumento para lograr que el presidente Batista relevara de la jefatura del Regimiento Maceo al general Díaz Tamayo.

Ante aquellas noticias alarmantes pedí un avión para trasladarme a La Habana con la mayor urgencia y se me envió un B-26 de los destacados en Camagüey. Al llegar al campamento de Aviación de Columbia me esperaban el general Eulogio Cantillo y el coronel "Silito" Tabernilla, los que trataron de llevarme al Estado Mayor a entrevistarme con el jefe del Ejército. Me negué a esa entrevista y les dije que primero me entrevistaría con el presidente de la República.

Pocas horas después de estar en mi casa dentro del Campamento de Columbia fui citado por el general Batista, que se encontraba en esos momentos en su residencia también dentro del propio Campamento Militar.

Explicué al presidente el desarrollo de las operaciones, tanto por parte de los rebeldes como las medidas tomadas por mí y ejecutadas por las tropas a mi mando. Le hice conocer las dificultades que estaba afrontando con el Estado Mayor y a presencia del general Tabernilla, del general Cantillo y del coronel "Silito" Tabernilla manifesté al presidente Batista que era un error de consecuencias imprevisibles volver a enviar al coronel Río Chaviano como jefe de la provincia de Oriente, pues todo el pueblo lo repudiaba por su pésima actuación anterior.

En distintas ocasiones, durante el tiempo que estuve informando al general Batista,

el jefe del Ejército trató de interrumpirme y tuvimos varios altercados verbales en los que intervenía el propio presidente para evitar que hiciera crisis la manifiesta tirantez existente entre el jefe de Estado Mayor del Ejército y yo. Cuando insistí en la necesidad de dotar de equipos modernos de comunicaciones y transportes a las unidades operantes en la Sierra, el general Tabernilla me interrumpió para decir que en el tiempo de la guerra de Independencia los soldados mambises no tenían armas modernas, ni equipos de transportes y comunicaciones y habían ganado la guerra. Le contesté que aquellos eran tiempos en que los perros se amarraban con longanizas y no se las comían y que ahora vivíamos la época de la bomba atómica, los cohetes teledirigidos y los satélites espaciales.

Ante el sesgo que tomaba la discusión, el presidente me ordenó que me retirara a mi residencia y descansara, porque estaba algo nervioso por la cantidad de noches sin dormir en las operaciones.

Al día siguiente fui citado por el jefe del Estado Mayor para que me presentara a su despacho. Al ser recibido por el general Tabernilla, a quien yo suponía agraviado por mis frases de la noche precedente, me sorprendió con una amabilidad ficticia, tras la cual adiviné algún intento nada favorable hacia mí. Efectivamente, momentos después me manifestaba que al quedarse despachando con el "Chief", palabra con que él se refería al presidente de la República, éste le había encargado que me comunicara lo satisfecho que se sentía por los servicios valiosos que yo había prestado a su gobierno; pero que como yo no había tenido suerte en las operaciones y no había podido capturar a Fidel Castro, habían tomado el acuerdo de que tal vez cambiando el jefe de Operaciones tendrían más suerte y que por ese motivo habían decidido relevarme como jefe de Operaciones y designar en ese cargo al coronel Alberto Río Chaviano, que iba como jefe supremo de la provincia de Oriente a coordinar todas las operaciones en aquella región.

Continuando sus explicaciones me dijo el general Tabernilla que como las unidades que estaban actuando en Operaciones pertenecían al Regimiento 1 de Infantería, del cual yo era jefe en propiedad, que no sería bueno que continuara como jefe de ese mando y me proponía dos posiciones a escoger: Supervisor del Presidio Modelo de Isla de Pinos o jefe del Regimiento 10 de Infantería, destacado en la base aérea de San Antonio de los Baños, donde estaba de jefe Río Chaviano.

Contesté al general Tabernilla que yo no aceptaba ninguno de esos dos cargos. El del presidio de Isla de Pinos, porque en aquel lugar se encontraban presos Barquín, Borbonet, Orihuela, Varela y otros oficiales que habían sido mis compañeros y no me prestaría a seguir la misma política que el coronel Ugalde Carrillo de maltratar a los prisioneros, lo que había originado una violenta protesta y hasta un proceso judicial contra el mencionado oficial; y que en cuanto al Regimiento 10, por haber sido un mando del coronel Río Chaviano y mantener allí a sus seguidores incondicionales no aceptaba aquella jefatura.

La actitud del general Tabernilla cambió radicalmente. Con énfasis me advirtió que aquello que me proponía era una orden del presidente de la República y del jefe de Estado Mayor General y que negarse a cumplir esa orden era una insubordinación.

Le contesté que conocía perfectamente los reglamentos militares y que estaba de acuerdo en que me enviara preso a La Cabaña o me mandara a fusilar, si lo estimaba con-



veniente, pero que no aceptaba sin dignidad cargo de ninguna clase.

Parándose, dando por terminada la entrevista, el general Tabernilla me trató con algo así como un cariño paternal, diciéndome que él comprendía que yo estaba un poco nervioso por mi actuación en Operaciones y que si no aceptaba ninguna de las proposiciones que me hacía que le dijera qué cosa quería. Le expliqué que en aquel momento sólo habían tres posibilidades en el Ejército para mí: fusilado, preso en La Cabaña o en el extranjero. Le agregué que si era cierto lo dicho por el presidente sobre los valiosos servicios prestados por mí, que se me designara para estudiar un curso en alguna academia militar extranjera o se me agregase a cualquiera de las embajadas, o que de lo contrario se me permitiera irme como exilado a un país que yo eligiera.

Así terminó aquella entrevista y, al día siguiente, volví a ver al general Tabernilla quien me citó a su despacho para informarme que después de hablar con el "Chief" habían llegado al acuerdo de nombrarme Agregado Militar a la Embajada de Cuba en Venezuela.

las tropas, a las que debía exhortar a que cooperaran con el nuevo jefe supremo de Oriente. Era el 5 de agosto de 1957.

Por avión nos trasladamos Río Chaviano y yo a Maffo, donde se hizo la transmisión de mando y pedí a las tropas que colaboraran con el nuevo jefe y éste a presencia de varios periodistas que habían asistido al acto, afirmó que la captura de Fidel Castro sería cuestión de quince días y que él traía el apoyo total del Estado Mayor que le permitía ofrecer ascensos a los que participaban en combates con los rebeldes, así como premios en efectivo por la captura de cualquiera de los insurgentes responsables y sin siquiera respetar mi presencia afirmó que a partir de aquel momento estaban respaldados para cometer toda clase de hechos libremente aún los atropellos a la población no participante en la contienda, el asalto a los comerciantes, la quema de caseríos o la matanza de campesinos.

A tenor de las palabras alarmantes de Río Chaviano y temeroso de que pudiera tomar represalias contra hombres indefensos, aproveché la oportunidad de la presencia de los periodistas para entregarle, delante de

De esta forma quedaba terminada mi segunda y última actuación como jefe de Operaciones en la Sierra Maestra, a los 56 días exactamente de haber sido designado por segunda vez, sin tener que lamentar la muerte de ningún oficial ni alistado a mis órdenes y sin que en ningún momento fueran vencidos ni tomados prisioneros ninguno de los hombres a mi mando.

De nuevo en mi residencia de la Ciudad Militar, esperando la orden para embarcar hacia Venezuela, me citó a su despacho el general Rodríguez Avila, ayudante general del Ejército, quien me interrogó, por orden del jefe de Estado Mayor, acerca de que tenía noticias de que yo estaba hablando mal de la familia Tabernilla. Le expliqué que todos aquellos días los había pasado en compañía de mi esposa e hijos, sin salir de la casa, para evitar comentarios e intrigas y que lo mismo podían haber dicho esos informantes que el general Tabernilla estaba planeando un atentado contra mi persona. Hablábamos sobre estas cosas cuando se recibió la noticia de la sublevación del Distrito Naval de Cienfuegos y al observar la agitación provocada por estos hechos pedí autorización para re-



Ya en aquellos días se rumoraba que el coronel Río Chaviano había pactado con el enemigo, entregándole armas y provisiones, con el compromiso de que le permitieran salir del país junto con sus familiares. A pesar de ello, inconcebiblemente, Batista lo trasladaba de Oriente y lo nombraba jefe militar de Las Villas.

Me pidió el general Tabernilla que yo acompañara al coronel Río Chaviano a Maffo, donde se encontraba el puesto de mando de Operaciones y que le hiciera entrega de

representativos de la prensa, los prisioneros que teníamos en el campamento para que se viera obligado a presentarlos ante las autoridades judiciales competentes.

tirarme, ordenándome el general Rodríguez Avila que me mantuviera en mi casa hasta nueva orden.

*Continúa en la página 71*



## POR QUE EL EJERCITO...

### Continuación

Pude enterarme después que en la conspiración del 5 de septiembre en Cienfuegos, además de la sublevación del Distrito Naval estaban complicados dos unidades de la Marina de Guerra, varios oficiales de ese cuerpo, otros de la Fuerza Aérea del Ejército, otros de la guarnición de la División de Infantería y varios médicos del Hospital Militar.

Igualmente me informaron que durante el interrogatorio a que fueron sometidos los oficiales arrestados, las principales preguntas del teniente coronel Irenaldo García Báez, jefe del S.I.M., estaban encaminadas a determinar mi participación en aquellos hechos. Ninguno de los oficiales declaró nada que pudiera comprometer ni relacionar mi actuación en los mencionados sucesos, a los que era completamente ajeno.

Mientras tanto pasaban los días y continuaba en mi residencia de la Ciudad Militar, sin recibir la orden de partida hacia mi nuevo destino; pero aunque la mayor parte de los oficiales evitaban visitarme públicamente, temiendo las lógicas represalias del jefe del Ejército, otros se mantenían en contacto conmigo y me informaban sobre la actualidad del momento. Había transcurrido más de un mes en aquella desesperante situación cuando ocurrió un hecho que me obligó a forzar una entrevista con el presidente de la República para diafanizar mi posición y acelerar mi salida del territorio nacional. El hecho a que me refiero fué la muerte del teniente coronel Pablo Miranda, en circunstancias tan misteriosas que se prestaban a múltiples conjeturas e interpretaciones, dándole cada cual la que mejor cuadraba a sus intereses o criterios.

Cuando al fin hablé con el presidente Batista le expuse que mi situación era en extremo difícil, por llevar más de un mes sin saber cuando se me ordenaría partir hacia mi nuevo destino y entonces me explicó que la demora se debía a que el doctor Antonio Irazoz, que había sido nombrado Embajador de Cuba en Venezuela iba en barco y demoraría unos días su llegada y que él deseaba que el doctor Irazoz estuviera ya en Venezuela cuando yo llegara, a fin de que me presentara ante las autoridades de aquel país como el primer agregado militar a la Embajada de Cuba ante aquella nación.

El 26 de septiembre de 1957 llegué a Venezuela por avión, haciéndome cargo de la misión que se me había confiado, sin sospechar que aquella sería la última oportunidad que tendría de visitar mi país, pues durante el tiempo que desempeñé el cargo solicité en dos ocasiones volver a Cuba, para ver a mi madre y demás familiares, compañeros y amigos, y siempre se me denegó la autorización.

Desde que llegué a Caracas comprendí el cambio radical en cuanto a puntos de vista que forzosamente se operaba en la apreciación de la realidad cubana. No había el natural interés por conocer lo que sucedía cuando uno se encuentra en los medios relativamente próximos a los acontecimientos. El régimen del general Marcos Pérez Jiménez no era compatible con pronunciamientos rebeldes ni situaciones de oposición a un gobierno constituido.

Durante los primeros meses de mi ausencia de Cuba tenía los informes que regularmente se envían a las embajadas, en los que se da cuenta, a través de las órdenes generales y especiales del Estado Mayor del Ejército, de todos los movimientos de importancia dentro del Cuerpo. Comencé a darme cuenta, a través de dichas órdenes, que jamás hasta ese minuto habían ocurrido tantos ascensos póstumos en las Fuerzas Ar-

madas, ascensos que se conceden a los que mueren en actos propios del servicio.

Aparte de las informaciones oficiales, pronto comencé a recibir cartas de compañeros y amigos que me daban detallada cuenta de lo que estaba sucediendo.

Así pude saber que aquel plazo de quince días fijado por el coronel Río Chaviano para capturar a Fidel Castro y sus seguidores transcurrió sin que se cumpliera su vaticinio, a pesar de que el Estado Mayor le había aumentado el número de tropas en operaciones, pues ya no se trataba de cuatro compañías obligadas a permanecer todo el tiempo en campaña sin relevo y sin estímulos, como en el tiempo en que yo fungía de jefe, sino de batallones en los que oficiales y alistados tenían la oportunidad de ascender y de visitar a sus familiares, además de recibir premios en efectivo.

Esto contrastaba con la política seguida por el jefe del Estado Mayor, general Tabernilla, quien sistemáticamente se negaba a dar plus de campaña a los oficiales y alistados en Operaciones, durante mi jefatura, pues en la primera etapa, comprendida desde el 29 de enero al 16 de abril, el general Cantillo tuvo que inventar una fórmula de estímulo al soldado en campaña, consistente en entregarle, en lugar de plus en efectivo que era cosa normal en el Ejército, artículos tales como zapatos, ropas, pasta de dientes, cigarrillos y otros, para lo cual se creó un puesto especial de suministro, que fué administrado durante ese período por el capitán Fernando Ball-llovera.

Muchos soldados, disgustados por estar acostumbrados a recibir plus de campaña en efectivo cuando estaban en operaciones, empezaron a decir que ese beneficio no llegaba a ellos porque los jefes se apropiaban del mismo. Cuando me entrevisté con el general Batista al ser relevado como jefe de Operaciones la primera vez, le comuniqué el resultado catastrófico que para la tropa había tenido el sistema de cambiarle el plus de campaña por el de entrega de productos o artículos de consumo. Batista aceptó que aquello era una pifia del general Tabernilla y ordenó que a partir de esa fecha se le pagara el referido plus a las tropas en campaña.

Por ese motivo cuando yo estaba ausente, ya en Venezuela, se corrió la especie de que me había apropiado del dinero correspondiente al plus de campaña de la tropa, rumor que alentó el propio Estado Mayor para justificar mi relevo y el nombramiento del coronel Río Chaviano, con el resultado funesto de todos conocido.

Sobre este mismo asunto es oportuno aclarar que el único dinero en efectivo, manejado personalmente por mí a discreción, fueron cinco mil pesos que me entregó el coronel "Silito" Tabernilla, por orden del presidente de la República, para gastos personales mientras estuviera en Operaciones y por una sola vez. De este dinero yo les daba a los oficiales distintas cantidades cuando salían en campaña, oscilando entre doscientos, cien o cincuenta para sus gastos personales, de acuerdo con el grado.

Las noticias que me llegaban por conductos personales cada día eran más alarmantes. Puestos otra vez en ejecución los atropellos y crímenes contra el campesino ajeno a la contienda, se provocó un éxodo de hombres, sobre todo jóvenes, hacia las montañas para unirse a las fuerzas de Fidel Castro. Era opinión de la inmensa mayoría de los guajiros que resultaba más seguro estar en las montañas con los rebeldes, que mantenerse tranquilos en sus bohíos. Utilizando su sistema comunista, Fidel Castro aprovechaba la ocasión en su beneficio, creando el ambiente propicio a su movimiento armado. Así se daba el caso de que los soldados rebeldes

se disfrazaban con uniformes del Ejército — pertenecientes a prisioneros — para salir en incursiones en las que asesinaban campesinos, asaltaban bodegas y cometían otras fechorías que después se atribuían a las tropas. No era la primera vez que ponía en práctica ese sistema, porque en distintas ocasiones se pudo comprobar que algunos jóvenes fueron enviados a cometer actos terroristas y se les delató para que las autoridades los sorprendieran infraganti y al matarlos crearan un estado de odio contra el gobierno que cada día se incrementaba más.

Esta política trajo como consecuencia lógica, según mis informantes, que las tropas llevadas en los primeros momentos por el coronel Río Chaviano resutaran insuficientes para el cada vez mayor contingente de rebeldes, que ya no se limitaban a la fuga sino que presentaban batalla y sorprendían unidades a las que causaban innumerables bajas.

Mientras tanto y por otro conducto, — el oficial — recibía información en la que se consignaban los partes del jefe del Buró de Prensa del Ejército, comandante Boix Comas, quien consignaba siempre la muerte de "forrajidos", que siempre alcanzaba una cifra de aproximadamente un centenar, "sin que nuestras tropas tuvieran novedad".

La situación se agravaba en tal forma que se hizo imprescindible el alistamiento de miles de soldados, los que sin apenas terminar el entrenamiento básico del recluta, eran destinados a Operaciones. La mayor de las veces estos soldados improvisados eran mandados por oficiales que por haber estado durante años en puestos administrativos carecían del entrenamiento táctico necesario para la misión que se les asignaba en la Sierra Maestra. Estos fueron los llamados "casquitos", cuya inexperiencia militar provocaba que los ya experimentados rebeldes les pusieran emboscadas en las que caían por compañías y hasta se dió el caso de que fuera capturado un batallón completo, con el doble resultado de la desmoralización del Ejército y el aprovisionamiento de armas para los elementos insurgentes.

No obstaba la terrible situación existente, para que el coronel Río Chaviano abandonara la atención de sus intereses en la región oriental. La cuestión contra los insurgentes pasaba a un segundo término y, para él, era de mayor importancia incrementar sus ingresos por concepto de contrabando, juego y otras actividades ilícitas. Por si esto fuera poco, los presupuestos extraordinarios para gastos de operaciones aumentaban por día, llegando a cantidades fabulosas, manejadas por el favorito del jefe del Ejército.

A pesar de todo este torrente económico y de contar, además, con armas y hombres a su gusto, el fracaso era tan evidente que el general Batista se vió precisado a nombrar al general Eulógio Cantillo como jefe de Operaciones; pero ni aún nombrando a un general en la provincia pudo Batista relevar a Río Chaviano como jefe militar de Oriente. Cantillo al asumir el mando como jefe de Operaciones hizo un plan para combatir a los rebeldes, que se llamó "Ofensiva de Verano", en el que se utilizaron 17 batallones, el que también fracasó por los obstáculos que al mismo puso el Estado Mayor para justificar la conducta de Río Chaviano. A tal grado llegó el estado de tirantez entre Cantillo y Río Chaviano que el presidente tuvo necesidad de dividir la provincia de Oriente en dos partes, dando una a Cantillo y la otra a Río Chaviano, disponiendo una serie de medidas para evitar rozamientos entre ambos.

Los comentarios en las tropas no eran nada favorables. Se rumoraba en aquellos días que el coronel Río Chaviano, conven-

*Continúa en la página 82*



## LOS 12 AVIONES...

### Continuación

permanecen juntos, bien cuando estén dentro del edificio o en el exterior, y siempre tienen que estar preparados para abordar sus aviones en cuestión de segundos y echarlos a rodar por la pista.

Las tripulaciones del Alerta de Tierra son examinadas por lo menos una vez cada 24 horas para comprobar el tiempo que les toma abordar sus aviones. Con el transcurso de los años el tiempo ha sido rebajado hasta dos minutos escasos.

Esos exámenes son avisados del mismo modo que sería anunciado un ataque real: por medio de una sirena cuyo sonido especial no puede ser confundido con ningún otro. Los aviadores han aprendido a reaccionar instantáneamente en cuanto la oyen.

Este es, aproximadamente, el poderío de represalias con que cuenta el Comando Estratégico Aéreo en lo concerniente a los bombarderos B-52 solamente.

Con el apoyo de "La Docena Mortífera", Estados Unidos ha podido entregarle a la Unión Soviética un mensaje bien claro: si nos atacan, les devolveremos un golpe tan duro que ustedes serán destruidos más absolutamente que lo que puedan destruirnos a nosotros.

Numéricamente, "La Docena Mortífera" constituye una parte infinitesimal del poderío de represalias de los Estados Unidos. Los 1.500 bombarderos pesados y medianos del Comando Estratégico Aéreo, sobrepasan en número a "La Docena". Igualmente poderosos son los 2.500 caza-bombarderos situados en las bases norteamericanas de ultramar y en los portaaviones que navegan por los mares. Y en el territorio continental de los Estados Unidos hay dos docenas de proyectiles Atlas listos para ser disparados desde plataformas de lanzamiento situadas en la Costa del Pacífico y unos 60 proyectiles Thor en las plataformas de lanzamientos de Inglaterra. Y rondando los mares hay tres submarinos atómicos que transportan, cada uno, 16 proyectiles Polaris.

Pero estratégicamente "La Docena Mortífera" tiene mucha más importancia. Las probabilidades son de una en un millón de que los rojos puedan combinar y sincronizar un sabotaje efectivo con un ataque sorpresivo mediante proyectiles dirigidos para destruir por completo a los Estados Unidos antes de que esta nación pueda reaccionar. Pero para asegurarse de que no suceda lo impensado, se concibió la Alerta Aérea "para proteger al poder de represalias".

Ha quedado planteada una duda tremenda, sin embargo, por parte del público, el congreso y la Casa Blanca misma. ¿Podría escaparse de las manos ese seguro de vida e iniciar una guerra atómica por accidente, que arrasaría con cerca de 5.000 años de civilización? No es probable. Para comprender las medidas tomadas para impedir la guerra por accidente, hay que comenzar por el sistema de alarma de los Estados Unidos.

Escudando al Continente Norteamericano constantemente, hay una serie de sistemas de radar — la Línea DEW — a través del Círculo Ártico, que se extiende por los bosques canadienses con la colaboración de aviones y de barcos de cabotaje, más el Sistema de Alarma Temprana de Proyectiles Balísticos (BMEWS), una de cuyas estaciones opera en Groenlandia. Otras dos próximas a terminar de construirse están en Inglaterra y Alaska.

Cualquier cosa que sea captada por esos centinelas electrónicos será transmitida inmediatamente por teléfono, teletipo y radio — circuitos que han sido duplicados y hasta triplicados para mayor seguridad — a la jefatura del Comando Defensivo Aéreo Norteamericano en Colorado Springs. Por teléfono

y por circuito cerrado de televisión a color, el Estado Mayor situado en NORAD alertará instantáneamente al Centro de Control del Comando Estratégico Aéreo ubicado en su jefatura de la Base Offutt, de la Fuerza Aérea, en un lugar próximo a Omaha.

El Centro de Control, sepultado a una profundidad de 45 pies bajo la superficie de la tierra, es un laberinto de tres pisos de salones y habitaciones que contiene todo lo necesario para llevar adelante una guerra nuclear. El corazón del Centro es un salón inmenso de control, de 140 pies de largo, 39 de ancho y 21 de alto; a lo largo de una pared hay montados gigantescos paneles que muestran con solo verlos todos los informes que sean necesarios para dirigir una fuerza global. Allí hay mapas de 16 pies de ancho, mapas meteorológicos, cartas militares que muestran el despliegue de las fuerzas, el estado operativo de la aviación y la coherencia y la posición exacta de "La Docena Mortífera".

En un extremo del salón pesadas cortinas cubren los paneles que contienen el Plan Bélico de Emergencia del Comando Estratégico Aéreo. Si se produjera una agresión, las cortinas serían corridas y los paneles, rodados hasta el centro del salón para colocar rápidamente al Comando Estratégico Aéreo en posición de combate.

En el lado opuesto de las largas paredes de paneles está el principal salón de control, un conjunto de habitaciones cerradas por cristales, dispuestas en dos pisos, desde las cuales el general Powers y su estado mayor dirigirán el contraataque. Detrás de esa área los manipuladores de los controles de combate se sientan ante el gran conjunto de teléfonos, teletipos y radios, listos para transmitir las órdenes del estado mayor a todo el comando.

El Teléfono Rojo es el aparato más importante de todo este andamiaje. Posiblemente es el teléfono más importante del mundo entero en la actualidad. Se trata de una línea abierta que está reservada para una sola cosa: notificar instantáneamente al Presidente, al Estado Mayor Conjunto y a las fuerzas del Comando Estratégico Aéreo que los rojos han atacado.

Las Fuerzas de Alerta responderían inmediatamente al ataque. "La Docena Mortífera" se dirigiría hacia los objetivos soviéticos y las tripulaciones de Alerta de Tierra levantarían el vuelo antes de que los proyectiles enemigos llegaran.

Pero no se adentrarían en el territorio enemigo. No lo harán de inmediato, porque el Presidente es el único hombre que puede ordenar el ataque. Los aviones de Alerta se encaminan hacia sus objetivos para que no los destruyan en tierra, pero lo hacen sometidos a "control positivo".

El "control positivo" es una salvaguarda contra la guerra accidental y es un sistema "a prueba de errores". Cerca del territorio enemigo hay puntos bien establecidos — los puntos de control positivo — que se levantan como una muralla invisible e inexpugnable. Si los aviones de Alerta, llegan a esos puntos y no reciben la orden de proseguir, entonces tendrán que regresar.

Los códigos cifrados para ordenar el ataque están fragmentados. Los controladores de combate poseen parte de esos fragmentos y cada tripulación de Alerta tiene parte también. ¿Sólo cuando esos fragmentos son unidos, como un rompecabezas y autenticados y reconocidos apropiadamente mediante otro sistema cifrado distinto, y verificados de nuevo mediante un "autenticador interno" que hay en el propio código, es que pueden los

bombarderos pasar más allá de los puntos de control?

Ellos no pasan porque nadie les ha ordenado regresar; van sólo al recibir una orden específica. El sistema "protege al poder de represalia" al situar los aviones en el aire, y sin embargo proporciona al Presidente y al Estado Mayor Conjunto el tiempo que tanto necesitan para tomar una decisión. Y, lo que es más importante, elimina la anterior supeditación del país a contraataques instantáneos que tan fácilmente pudieran provocar una guerra accidental.

Aunque ha sido prácticamente eliminado el espectro de la guerra por accidente, otro problema comienza a perturbar a los expertos. ¿Podría una tercera potencia — China Comunista, por ejemplo — lanzar a Occidente a una guerra nuclear contra Rusia, enviando proyectiles atómicos contra las ciudades norteamericanas? ¿Podría Mao Tse-tung arriesgarse a ello al correr el riesgo de que no quedaría involucrado en el conflicto, y más tarde adueñarse del mundo al ser la única potencia que ha quedado intacta después de haber provocado el suicidio nacional de Estados Unidos y Rusia?

Es muy difícil que eso ocurra. Los sistemas de detección de proyectiles de los Estados Unidos han sido construidos para que descubran los cohetes enemigos casi en cuanto los mismos sean lanzados. Es decir, con tiempo suficiente para determinar con exactitud el lugar de donde vienen. Si China Comunista — o cualquier otra potencia del mundo — tratara semejante jugarreta, las Fuerzas de Alerta la aniquilaría inmediatamente.

Es posible que pasen 10 años para que la flota de bombarderos tripulados del Comando Estratégico Aéreo pueda ser reemplazada por suficientes proyectiles balísticos intercontinentales dignos de fiar que puedan ser empleados como una fuerza de alerta.

Hasta que ese momento llegue, "La Docena Mortífera" realizará esa misma función y Estados Unidos no tendrá que temer que se lance contra él un ataque atómico sorpresivo que pudiera arrasarlo al país antes de que el mismo tuviera la oportunidad de recuperarse y defenderse. (RCjr)

(Derechos de traducción para BOHEMIA LIBRE por Transworld Features Syndicate)

## POR QUE EL EJERCITO...

### Continuación

cido ya de que era imposible triunfar sobre el enemigo, había pactado con éste entregándole armas y provisiones, con el compromiso de que le permitiera abandonar el país, en compañía de sus familiares y colaboradores más allegados, antes de la caída del régimen.

A pesar de estos rumores y del ambiente negativo que lo rodeaba, el coronel Río Chaviano fué relevado como jefe de la provincia de Oriente y nombrado jefe del Regimiento 3 "Leoncio Vidal" de Las Villas, sustituyéndolo en Oriente el general Eulogio Cantillo que pasó a ser jefe de la provincia oriental.

No bastaban al general Batista todos los errores, fracasos y el abundante saldo sangriento del coronel Río Chaviano en Oriente para ordenar no su traslado sino su arresto como responsable de aquella caótica situación. Inconcebiblemente lo nombraba jefe militar de la provincia de Las Villas.

(Esta serie terminará la próxima semana)